

6  
LA EUCARISTIA

EN SUS RELACIONES  
CON LAS CRIATURAS, CON DIOS, CON EL HOMBRE  
Y CON LA SOCIEDAD.



MEXICO

IMP. DE LA COMPAÑIA EDITORIAL CATÓLICA

Escalerillas núm 20

1902





LA EUCARISTIA

**La Eucaristía en sus relaciones con las criaturas,  
con Dios, con el hombre y con la sociedad.**

Jesus Christus heri, et hodie: ipso  
et in saecula (Hebr. XIII, 8.)

"Jesucristo ayer y hoy, El mismo  
también en los siglos."

Deus charitas est (I Joan, IV, 8.)

"Dios es caridad."

Entremos ahora en algunas consideraciones de otro orden, acerca de la divina Eucaristía. Por boca de nuestros maestros en la fe, dijimos que la Comunión es el compendio de las maravillas del Omnipotente, el centro al cual todo refluye en el cuerpo de la Iglesia, como todo refluye al corazón en el cuerpo humano, y el misterio que da vida á la sociedad y reconduce el universo hacia la unidad divina.

Para abarcar en toda su fuerza esta última verdad, miremos lo que pasa á nuestro alrededor. Desde luego observamos que todas las criaturas tienden á perfeccionarse, esto es, á pasar de una vida menos perfecta á otra que lo es más, aunque para conseguirlo han de perder su sér propio; así, entre los cuerpos inorgánicos, el aire y el agua, consumidos por los cuerpos organizados, pierden su



ser natural para identificarse en el del que se los asimila; el vegetal á su vez es absorbido por el animal, que le transmite nuevo sér, transformándolo en su substancia; el vegetal, el animal y todos los demas reinos, son absorbidos por el hombre que, asimilándoselos también, les comunica su existencia; y por fin, Dios atrae al hombre á sí, se lo asimila, y le comunica su vida divina é inmortal. Entonces es cuando la criatura por excelencia puede y debe decir: ¡Ya no soy yo el que vive, sino Dios quien vive en mí! y Dios, poseyendo al hombre, posee la plenitud de sus obras, cuya vida, cuya existencia, cuyas cualidades se resumen en el hombre, cual sér predominante al cual todo va á parar, y Dios vuelve á ser todo en todas las cosas. <sup>1</sup>

Ahora bien, la Eucaristía es el medio por el cual Dios identifica al hombre con su sér, y restituye el universo á su unidad: este divino Sol de justicia es, en el mundo moral, lo que el sol en el físico, pues así como en la naturaleza todo gravita hacia aquel hermoso astro, que con su luz y calor derrama por todas partes la vida y la fecundidad, en la Religión también todo se dirige á la Augusta Eucaristía, por cuyo conducto la creación entera, que brota incesantemente del seno del Creador, vuelve incesantemente á remontarse hacia El.

Si consideramos la Eucaristía en sus relaciones más inmediatas con Dios, ¡qué magnificencia de ideas no enajena nuestra admiración y arrebatan nuestro espíritu! La Eucaristía, dicen los Padres de la Iglesia y los teólogos, es la extensión de la

<sup>1</sup> Ut sit Deus omnia in omnibus (I Cor. XV, 28.)

Encarnación, pues si en ésta el Verbo Eterno sólo se unió con un cuerpo y una alma, en la Eucaristía, dilatando la maravilla, se une con el cuerpo y el alma de cuantos le reciben. A la verdad, la unión Eucarística no alcanza á la hipostática, por ser cosa imposible; pero después de ésta, es la más íntima que se puede concebir. El hierro incandescente que toma todas las calidades del fuego, sin perder su propia naturaleza; dos gotas de cera fundidas entre sí; el ingerto que se nutre de la savia del árbol en que ha sido ingerido; el alimento convirtiéndose en substancia del que lo digiere; la unidad misma que hay entre las Tres Divinas Personas, tales son las imágenes con que los Santos Padres presentan la sublime idea de nuestra unión con Dios en la Comunión <sup>1</sup>. El objeto del nuevo Adán en ese misterio inefable, es hacer del género humano todo entero, otro Jesucristo, de quien el Eterno Padre pueda decir, contemplándole de lo alto del cielo: “¡Hé aquí mi hijo querido en quien he fijado todas mis complacencias!” ¡Cuán admirablemente alcanza el objeto de la redención esta invención prodigiosa de la Divina Sabiduría, por donde se rinde á Dios la mayor gloria exterior á que se pueda aspirar! ¿Quién duda que el Verbo Encarnado sobrepuja en sabiduría, justicia y amor á todos los hombres santificados, habidos ó por haber? Con ellos, sin embargo, se une por la Comunión, cual la cabeza con sus miembros, para obrar en ellos y por ellos, cuantas veces, por medio de sus oraciones, glorifiquen á Dios; así es que Jesucristo es quien adora á su Padre cuando nosotros lo adoramos, quien entona sus

<sup>1</sup> Introducción, t. I, pág. 61.



alabanzas cuando nosotros las entonamos, quien trabaja, quien padece, cuando nosotros trabajamos y padecemos para gloria de Dios. "El mismo Señor," dice San Pablo, "es el que obra todas estas cosas en todos los fieles." 1

No le bastó al Hijo de Dios tomar un solo cuerpo y unirse con una sola alma en el seno de la Virgen Bienaventurada, sino que quiere unirse místicamente en cuerpo y en espíritu con todos los fieles para servirse de ellos como de otros tantos instrumentos, al objeto de glorificar **E**l mismo á su Padre. Consideró poco haber trabajado treinta y tres años para hacerle honrar en la tierra, por esto quiere trabajar en ella hasta el fin de los siglos. Los límites de la Judea fueron estrechos para abarcar todo el ardor de su celo, por esto anhela extenderlo á todo el universo; no fué bastante una boca, una lengua, un corazón, para satisfacer su deseo de publicar las maravillas del Padre y hartarse de su amor; por esto pretende que todas las bocas, las lenguas, los corazones, todos le sirvan de órgano al objeto de anunciar sus maravillas, amarle y adorarle; por fin, no fué suficiente dar su vida en el Calvario, y no le basta renovar su sacrificio cuantas veces se celebra la Santa Misa; por esto quiere vivir en todas las almas buenas, á fin de sufrir muerte por la gloria de su Padre, de todas las maneras que morirán los Santos hasta la consumación de los siglos. 2

Si consideramos la Eucaristía en sus relaciones con la sociedad, sube aún de punto nuestra admisión.

1 Idem Deus qui operatur omnia in omnibus. (I Cor. XII, 6.)

2 Véase Vaubert, Devoción á Jesucristo. t. I, pág. 93.

ración. Necesitaríanse muchos volúmenes para aplicar todos los efectos que el sol produce en la naturaleza y las influencias que el corazón ejerce en el cuerpo humano; pues bien, volvamos á decirlo, lo que el sol en la naturaleza, lo que el corazón en el cuerpo humano, es la Eucaristía en la sociedad; quitad el sol, y la naturaleza perece; quitad el corazón, y el cuerpo humano muere y se aniquila. No es exageración esto; la palabra del hombre es impotente para producirse cuando se trata del misterio que, según San Buenaventura, "constituye la base de la Iglesia católica, y por consecuencia, el cimiento de la sociedad, la robustez de la fe y el principio vital del cristianismo." 1

No hay tiempo para explicar aquí todo el influjo que ella ejerce sobre las artes, pintura música, poesía y arquitectura, y sin embargo. ¿cuánto no habría que decir?

Pasemos directamente á nuestro objeto, y veamos cuál es la influencia de este sacramento augusto sobre el individuo.

Hijo de Dios por el Bautismo, soldado de Jesucristo, rey, sacerdote y profeta por la Comunión, el joven cristiano va á recibir una magnífica prueba de la realidad de estos magníficos dictados. Como Dios necesita un alimento divino, 2 como tabernáculo, templo, sagrario, en breve recibirá á Aquel á cuyo servicio ha sido consagrado. Una palabra, pero fecunda en virtudes angelicales, suena á sus oídos. Hijo mío, le dice la Iglesia, por boca de una piadosa madre, ó del Pas-

1 Per hoc sacramentum stat Ecclesia, fides roboratur, viret et viget Christiana religio et dinnus cultus.

2 Ego autum dixi: Dii estis. Psalm. LXXXI, 6.



tor encanecido que le administra el Bautismo: mira que se acerca la época de tu primera comunión.—¿Qué es la primera comunión? pregunta el angelito.—¡Oh, hijo mío, llegará un día en que el Dios que te crió, que te consagró en el Bautismo: y que te adoptó por hijo suyo, descenderá del cielo para venir á tomar posesión de tu espíritu, y de tu cuerpo; en aquel inefable momento los Angeles estarán postrados á tus pies; más dichoso que el discípulo amado, no sólo reposarás en el seno de tu Salvador, sino que Él mismo se pondrá en tus labios, entrará personalmente dentro de tu pecho, y tan venturoso como María, poseeréis é Aquel de quien es Ella Augusta Madre. Tu primera comunión, querido mío, es un contrato formal, una magnífica alianza que vas á establecer con Dios. Dios se te dará enteramente, y cuanto tiene, cuanto Él es, su cuerpo, su alma, su divinidad, los tesoros de sus gracias, todo será para tí; pero en cambio exige también todo lo que tú tienes y todo lo que eres, cuerpo, alma, corazón, vida, lo cual vas á entregarle sin reserva ni devolución; pero no temas, porque si Dios reclama todos tus bienes, es para conservarlos y devolvértelos multiplicados é inmortalizados. Los testigos de ese contrato, serán tu padre, tu madre, tus hermanos, tus hermanas, los Angeles y los Santos del cielo y de la tierra; él se escribirá y firmará con la sangre de tu Dios, y llevado al cielo por los mismos Angeles, será allí archivado hasta el día de tu muerte, y después vuelto á la tierra el día del juicio final, y según hubieres cumplido sus condiciones, se fallará la sentencia de tu eternidad.

A esta noticia, no sé qué impresión religiosa,

qué terror mezclado de amor invade el espíritu del niño; desde luego, para que sea digno de la visita de Dios, son indicadas y se practican diferentes instrucciones, preces, limosnas y toda especie de buenas obras, tanto más meritorias, cuanto sólo las ven los Angeles; y los malos hábitos se rompen, las pasiones se acallan, y la obediencia, la dulzura y piedad, vienen á edificar á la familia y preparan la alianza. Llega por fin el día en que el Autor de todos los mundos ha de descender y morar en el corazón de ese niño. . . . Pero aquí enmudezco, una lengua humana no puede expresar lo que entonces pasa entre Dios y su Hijo estimado; todo lo que sé, es que la sangre divina, vertida en aquel tierno corazón, lo embellece y vivifica, cual una lluvia suave refresca el lirio del valle al entreabrir su perfumado cáliz á los primeros rayos del sol. “Estos niños,” dice el amable y santo Obispo de Ginebra, “experimentan cómo Jesucristo se propaga y comunica por todas las partes de su alma y cuerpo, sintiéndolo en la mente, en el corazón, en el seno, en los ojos, en las manos, en la lengua, en los oídos y en los pies; y ¿qué hace el Salvador para conseguir todo esto? Todo lo restaura, todo lo purifica, todo lo vivifica; ama en el corazón, entiende en la mente, anima en el seno, ve en los ojos, habla en la lengua, y así de lo demás; Él lo hace todo en todo, y entonces es cuando nosotros vivimos, pero no nosotros, sino Jesucristo es quien vive en nosotros.”<sup>1</sup>

¿Quién explicará las impresiones vivas, suaves, tranquilas, profundas y deliciosas de los pobreci-



tos en aquellos momentos? Cuanto yo veo, son lágrimas de ternura regando mejillas sonrosadas por el fuego de un amor virginal; cuanto miro es la inmovilidad del recogimiento, el éxtasis de la fe y un arrobamiento del todo divino. Ved allí una familia toda enternecida, una madre que moja con su llanto la losa del santuario donde se ha postrado á comulgar junto á su hija; ved acullá una hermana, un hermano, un padre, la parentela entera del niño que sienten en ese día un placer enteramente nuevo, ó quizá pesares y remordimientos, sensaciones indefinibles, germen de futura enmienda y de completa regeneración; ved, en fin, por todas partes comenzar una nueva era de vida para los pequeñuelos y renovarse el eterno recuerdo de este gran día, recuerdo poderoso, dique contra las pasiones, roedor saludable después de las caídas, aliento para todas las penas de la vida y último consuelo para el trance postrero.

¡Cuántas virtudes sembradas, pues, en el corazón, á consecuencia de la primera comunión! ¡cuántas pasiones ahogadas en su germen! ¡cuántos crímenes atacados, y de consiguiente, cuántas lágrimas para las familias, y desórdenes ó escándalos para la sociedad contenidos por la acción poderosa de la sangre reparadora la primera vez que, aniquilando el germen del mal, se derrama hasta el fondo de las entrañas y hasta la médula de los huesos del joven católico! ¿Se conoció jamás cosa más eminentemente social que el acto solemne de la primera comunión? Hé aquí las palabras de un sujeto cuyo nombre no puede pronunciarse sin rubor: "Hemos recibido á Dios," dice Voltaire. "Dios está en nuestra carne y en nuestra

"sangre, ¿quién después de esto podrá cometer un sólo pecado, ni siquiera por intención? Era imposible imaginar <sup>1</sup> un misterio que tuviese á los hombres más firmemente ligados á la virtud."

Avanza ahora en el camino de la vida, joven comensal de todo un Dios, y dile á tu Huésped como le decían los discípulos de Emaús: "Quedaos conmigo, Señor, porque se hace tarde y el día va declinando." Mientras Él guíe tus pasos, no temas extraviarte, y entre tanto sean regulados por Él los movimientos de tu corazón, no dudes ostentarlos, porque ni tu madre tendrá lágrimas que derramar, ni la sociedad escándalos que deplorar ó excesos que reprimir.

Germen de caridad y de virtud en el individuo, la Comunión lo es igualmente en la sociedad. Todas las maravillas de caridad que diez y ocho siglos há cubren al mundo de uno á otro polo, son producidas por la Eucaristía, verdad poco conocida que hoy más que nunca conviene recordar. La comparación en ese particular del Catolicismo y del Protestantismo, ofrece un fenómeno notable del mundo moral, que el mismo citado Voltaire hubo de entrever: "Los pueblos separados de la comunión Romana," dice, "no han imitado sino imperfectamente la generosa caridad que á ésta caracteriza."

<sup>1</sup> Imaginar es la verdadera palabra.